

¿Existe una cultura regional?

Antonella Pelizzari Eyheramonho*

Resumen

El presente ensayo pretende indagar si es que en América Latina existe una cultura regional. Para ello, recorre desarrollos teóricos y políticos que se han orientado a examinar las identificaciones nacionales al mismo tiempo que, analiza los estímulos que promueven la cooperación entre las naciones latinoamericanas y las determinaciones y los incentivos que impulsan las relaciones en la región.

Palabras clave: América Latina; Integración regional; Cooperación internacional;

Identidad

Abstract

This essay seeks to question if there is a regional culture in Latin America. Therefore, it reviews theoretical and political trends orientated to examine national identities. In addition, it analyses the stimuli that promote cooperation between Latin-American nations and the determinants and incentives that boost relations across the region.

Keywords: Latin America; Regional integration; International cooperation; Identity

* Estudiante y asesora académica de la Maestría en Relaciones Internacionales, USAL. Correo electrónico: antonella.pelizzari@gmail.com

Introducción

En la historia de las relaciones internacionales en América Latina se ha encontrado explicación a los vínculos intrarregionales a través de la historia colonial, la creación del Estado-Nación, los ideales de integración, la consolidación de las democracias y los liderazgos políticos, entre otras. Pero ¿qué es lo que realmente lleva a las naciones latinoamericanas a cooperar? ¿Acaso existe un vínculo que impulse las relaciones en la región? ¿Es posible una identificación latinoamericana? ¿Existe una cultura regional?

El presente ensayo intentará dar respuesta a estas preguntas a partir del análisis de la bibliografía sugerida en el curso “Teorías del conflicto y el desarrollo en América Latina”.

La sociedad latinoamericana

Este trabajo encuentra su inicio en la consideración del caso latinoamericano como una sociedad internacional particular a partir de la visión de Hedley Bull & Adam Watson (1984) quienes, al hablar de una sociedad internacional, se refieren a

Un grupo de comunidades políticas independientes que no forman simplemente un sistema, en el sentido de que el comportamiento de uno es un factor de cálculo necesario para los demás, sino que además han establecido, a través del diálogo y del consentimiento, reglas e instituciones comunes para organizar sus relaciones y han reconocido tener intereses comunes para mantener dichos acuerdos (citado en Barbé, 1995, p. 99).

Sumado a esta idea, se retomará el trabajo realizado por Stanley Hoffmann (1972) para asumir, a fines analíticos, que al igual que en la sociedad internacional global, la realidad latinoamericana también se conforma a partir de la existencia de dos lógicas que interactúan en su sociedad. En este sentido, el autor plantea que:

Cuando hablamos de sociedad internacional nos referimos, de hecho no a una sino a dos realidades. La primera es el conjunto interestatal: las relaciones que existen entre las diferentes unidades actuando en la escena mundial en tanto que detentadoras de los poderes públicos y como expresión de las voluntades y de las aspiraciones de los individuos y de los grupos que las componen. La segunda es la sociedad transnacional: las relaciones que se establecen a través de las fronteras de estas unidades, entre los individuos y los grupos (citado en Barbé, 1995, p.105).

A continuación, se describirán estas lógicas a partir de la observación del escenario latinoamericano.

Conjunto interestatal

Al respecto, Alejandro Grimson nos advertirá sobre los riesgos de subestimar el papel del Estado en la vida cotidiana de los ciudadanos. En este sentido, cuando ese papel es subestimado se corre el riesgo de caer en el esencialismo de la hermandad o, en su defecto, en el esencialismo de la hibridación generalizada (...) Así, es muy frecuente hablar acerca de la “hermandad de los pueblos fronterizos” en el Cono Sur de América Latina (...) y prevalece así la imagen de que las poblaciones limítrofes han llevado a la práctica desde hace ya mucho tiempo una “integración por abajo”, y que, más allá de las hipótesis de conflictos bélicos de los Estados, los pueblos fronterizos han dado muestras de su hermandad (Grimson, 2012, p.114).

En un contexto atravesado por las fuerzas de la mundialización y la globalización, el Estado continúa desempeñando un papel dominante como árbitro del control, la violencia, el orden y la organización del conjunto social.

Es, en este contexto, donde resulta relevante observar los ámbitos de cooperación multilateral regional, donde MERCOSUR, UNASUR, ALADI, entre otros, reflejan el interés de los Estados latinoamericanos por trabajar juntos, a condición de mantener la capacidad de detentar su soberanía. En este sentido, históricamente no ha habido intentos fuertes de regionalización con desdibujamiento de fronteras estatales.

No obstante, la consideración de estas construcciones políticas resulta útil para comprender los vínculos latinoamericanos en tanto que:

Las fronteras políticas constituyen un terrero sumamente productivo para pensar las relaciones de poder en el plano sociocultural, ya que los intereses, acciones e identificaciones de los actores locales encuentran diversas articulaciones y conflictos con los planes y la penetración del Estado nacional (Grimson, 2012, p.113).

La constatación empírica de la realidad latinoamericana nos demuestra que, en la apariencia de la hermandad:

Las fronteras continúan siendo barreras arancelarias, migratorias, perceptivas y clasificatorias. Esa continuidad es histórica, ya que las características y los sentidos de esas barreras son actualmente recreados en el marco de los discursos y las políticas de “integración regional” y de las dinámicas de globalización (Grimson, 2012, p.120).

Sociedad transnacional

Para referirse a la sociedad transnacional, habrá que tomar en cuenta las relaciones que se establecen a través de las fronteras estatales, entre los individuos y los grupos. En este sentido, puede definirse a la sociedad transnacional latinoamericana como el complejo de relaciones sociales que distribuyen el poder a nivel regional.

Este complejo de relaciones sociales se estructura a partir del reconocimiento de intereses comunes que alientan las oportunidades de acción de la sociedad civil a nivel transnacional, emitiendo voces regionales a problemas locales.

Dentro de esta sociedad, es fundamental la construcción y el manteniendo de un marco simbólico regional, en tanto que se presenta más débil que los marcos simbólicos nacionales, con los que se encuentra en constante diálogo.

¿Existe una cultura latinoamericana?

Una vez observado el desarrollo precedente, se arriba a la misma conclusión que Adam Watson (1992) cuando plantea que “un elevado número de Estados sólo aceptan los aspectos reguladores de la actual sociedad, sin sentirse ligados por los valores y los códigos de conducta derivados del sistema” (citado en Barbé, 1995, p. 101). Así, como plantea Esther Barbé (1995), “la sociedad de Estados se asume como factor regulador, pero no como factor legitimador del sistema” (p. 101).

Esto es lo que lleva a preguntarse ¿qué es lo que legitima a la sociedad latinoamericana? ¿Cuál es la fuente de los valores latinoamericanos? ¿Existe realmente una cultura regional latinoamericana?

Algunos autores desestiman por completo la existencia, hoy en día, de una cultura regional a falta de *una* lengua común, *una* memoria común y compartir *una* manera de pensar, razonar y comunicarse.

Sin embargo, para comprender el caso latinoamericano, serán pertinentes las conclusiones a las que arriba Hedley Bull tras su análisis de una serie de sociedades internacionales en diferentes momentos históricos:

Por una parte, han existido elementos de una cultura intelectual común (tales como una lengua común, una perspectiva filosófica o epistemológica común, una tradición artística y literaria común) que han facilitado la

comunicación entre los miembros de la sociedad. Por otra, parte, han existido elementos de un sistema común de valores (tales como la religión o código moral común) cuya presencia ha servido para reforzar el sentido de intereses comunes que une a los estados creando un sentimiento de obligaciones comunes (Bull, 1977, p. 316).

En este sentido, la sociedad latinoamericana históricamente ha compartido algo más que el territorio, y sus prácticas culturales han cruzado fronteras “que las identificaciones reproducen y refuerzan” (Grimson, 2012, p.117).

De ahí el interés en las relaciones y los elementos culturales transfronterizos, ya que “son un ámbito clave de producción y reproducción de las fronteras simbólicas, tanto en el plano de las identificaciones de las personas y los grupos, como en el de sus prácticas” (Grimson, 2012, p.126).

Lo cierto es que, como plantea Alejandro Grimson, “la frontera política ofrece una situación histórica que puede extrapolarse a otro tipo de fronteras intergrupales: la convivencia cotidiana entre límites y alteridades configura una cultura de la interculturalidad, una base compartida para la convivencia y la conflictividad” (Grimson, 2012, p.126).

Con el objetivo de encontrar el origen de esas fronteras políticas, habrá que remitirse a “la ruptura de lo que los historiadores llaman el “pacto colonial” y la primera expansión del capitalismo industrial europeo (ya que) son, pues, los rasgos históricos dominantes en el período de formación de las “naciones nuevas” en el siglo XIX.” (Cardozo & Faletto, 1977, p. 34). Es en este contexto de configuración nacional en el espacio latinoamericano que se han estructurado los diálogos entre identificaciones y prácticas.

Es pertinente, entonces, preguntarse ¿qué se entiende por cultura?

Según Georg Simmel “podemos hablar claramente de cultura cuando el movimiento creador de la vida engendra ciertas estructuras en las que encuentran expresión, en concreto, las formas de su consumación y manifestación” (Simmel, 2000, p. 315). Sin embargo, definiciones de este estilo pueden llevar a la suposición de que “una persona adopta necesariamente valores y prácticas compartidos homogéneamente por la comunidad en la que ha crecido” suponiendo “la uniformidad psíquica, intelectual, moral y conductual de esa persona y su comunidad” (Grimson, 2012, p.76).

Lo que es cierto es, que Simmel se preguntará por la importancia y el rol de la cultura en la actualidad y de esta manera llegará a la conclusión de que “no hay, por así decirlo, una carencia material para un ideal cultural unificador, sino que los ámbitos que debería circunscribir son muy numerosos y heterogéneos como para permitir semejante unificación intelectual” (Simmel, 2000, p. 320). Y de la mano de esta idea, Grimson planteará que “dentro de un grupo social del que todos sus miembros se sienten parte, no necesariamente hay homogeneidad cultural” (Grimson, 2012, p.139).

Entonces, cabe preguntarse, si es suficiente el modo tradicional en el que se ha abordado a la cultura en la actualidad. En este sentido, “si no hubiera heterogeneidad, simplemente hablaríamos de cultura, con sus resonancias homogeneizantes. Si no hubiera articulaciones contingentes pero relevantes para las vidas y los sentidos sociales, solo hablaríamos de multiplicidades” (Grimson, 2012, p. 168). Es por esto que se plantea la necesidad de comprender a la cultura latinoamericana desde una visión que incorpore las heterogeneidades, las desigualdades y las articulaciones que se sitúan en este momento histórico.

Con este objetivo se evitará caer en nociones que pregonen la unidad ideológica o política impulsando, en cambio, el análisis del caso latinoamericano a partir del desarrollo de fronteras de lo posible, de la lógica de la interrelación de una trama

simbólica común y de los aspectos culturales compartidos. Para ello, cobrará valor interpretativo la noción de configuración cultural en tanto “enfatisa la noción de un marco compartido por actores enfrentados o distintos, de articulaciones complejas de la heterogeneidad social” (Grimson, 2012, p.172). En este sentido, “las configuraciones culturales no son sumatorias de distintos rasgos. Son combinatorias distintas, articulaciones específicas, estructuras (contingentes, históricas) de elementos que adquieran significados en la trama relacional” (Grimson, 2012, p.190).

Así, una configuración se caracteriza por cuatro elementos constitutivos que le brindan la versatilidad necesaria para entender a América Latina¹:

1. Las configuraciones son “campos de posibilidad”: en cualquier espacio social hay representaciones, prácticas e instituciones posibles, y hay representaciones prácticas e instituciones que llegan a ser hegemónicas.
2. Las configuraciones tienen una específica “lógica de interrelación entre las partes”: puede ser de escisiones dicotómicas en las identificaciones políticas o en las divisiones espaciales, articulaciones u oposiciones que aparecen con diferentes intensidades en sus instituciones, en su cotidianeidad, en las grandes crisis o en los conflictos. A la vez, toda configuración tiene una lógica sedimentada de articulación situada de esa heterogeneidad, dispositivos que otorgan sentidos determinados a las partes.
3. Una configuración implica una “trama simbólica común”: es decir, lenguajes verbales, sonoros y visuales en los cuales quienes disputan pueden a la vez entenderse y enfrentarse. Allí donde no hay un mínimo de comprensión, no hay una configuración.
4. La configuración necesita de algo “compartido”: este concepto a veces se usa para aludir a un aspecto mayoritario de la población (aunque no sea

homogéneo); otras veces para referir a creencias o prácticas relevantes para los sectores populares, e incluso a postulaciones de la elite de su cultura como “cultura nacional” (con mayor o menor pregnancia); y también a elementos presentes en diversos escenarios, sean o no predominantes en términos cuantitativos o cualitativos.

A través de estos cuatro elementos, la perspectiva de configuración cultural “en lugar de preguntar por los rasgos y los individuos, pregunta por los espacios y los regímenes de sentido. Un mismo individuo puede habitar y habita diferentes espacios (territoriales o simbólicos), y puede incidir para que cambien las creencias de las configuraciones culturales de las que participa” (Grimson, 2012, p.189). Y, comprender esto, es lo que nos llevará a realizar un análisis que incluya las particularidades presentes en el caso latinoamericano.

¿Existe una identificación latinoamericana?

Encontrar una metodología para abordar el caso latinoamericano no será suficiente. A medida que se avanza en la comprensión de los espacios y regímenes de sentido presentes en el ámbito regional, se hace cada vez más evidente preguntarse por la existencia de una (o acaso, múltiples) identificación latinoamericana.

Para iniciar este análisis, es necesario entender que lo que habita en la región latinoamericana es más que meras “representaciones colectivas” (Durkheim, 2000). En todo caso, existen “categorías de grupos sociales, sentimiento de pertenencia a un determinado colectivo, e intereses comunes que se articulan en torno a una denominación” (Grimson, 2012, p.184), que ofrecen un panorama sobre cómo una sociedad se piensa a sí misma y cómo actúan sus miembros en relación con otros.

En este sentido, la identificación que puede observarse “nos permite señalar que en el contexto histórico actual, la región tiene una “caja de herramientas identitarias” un

conjunto de clasificaciones disponibles que permiten a sus miembros identificarse a sí mismos e identificar a otros” (Grimson, 2012, p.184). Es por esto que tiene relevancia en tanto proceso de significación en el que se resignifican los significados dados y será, entonces, a partir de este proceso, que se pueda pensar “quiénes somos” como una identidad colectiva.

Según Grimson, en América Latina la noción de identidad ha pasado por momentos muy diferentes. En la etapa de formación de los Estados nacionales, las narrativas homogeneizantes postulaban que cada país tenía una cultura y una identidad propias. Sin embargo, luego se impuso una nueva concepción de identidades múltiples fragmentarias, particulares, útiles al proyecto de deconstruir los Estados como un todo. De este modo, si el primer modelo otorgaba, a veces, a la nación y otra vez a la clase una prevalencia supuestamente objetiva para el cambio social, el modelo neoliberal y posmoderno otorgó predominio absoluto a la multiplicidad.

En este nuevo contexto, y entendiendo que las identidades colectivas son relacionales, contingentes y se van confirmando a medida que pasa el tiempo, el desafío será “repensar a América Latina como un conjunto heterogéneo, pero hacerlo según una concepción de heterogeneidad que no exige enterrar el proyecto de articulación regional”. Para ello “necesitamos pensar en “articulaciones de heterogeneidad” donde la dimensión política de lo latinoamericano no se sostenga en la creencia en una hermandad biologista, ni en un ambientalismo tropical ni en un fundamento “cultural” (Grimson, 2012, p.247).

Conclusión

El desarrollo precedente deja entrever que, históricamente, los esfuerzos teóricos y políticos se han orientado a desarticular las identificaciones nacionales, al mismo tiempo en que se ha fomentado la idea de “inexistencia” de las fronteras regionales,

produciendo una imagen aparente, “como si se creyera posible que sus complejos dispositivos no afectaron ni afectan cultural e identitariamente a esas poblaciones” (Grimson, 2012, p.115).

Pero este esfuerzo, no ha permitido reconocer que la riqueza de América Latina radica en la diferenciación de las múltiples partes que la componen. En este sentido, como habitantes de estas variadas realidades, los latinoamericanos somos constituidos y nos posicionamos ante poderes disímiles y cambiantes. “Poderes que, al igual que sus lenguas y sus simbologías son la objetivación de acciones humanas históricamente situadas” (Grimson, 2012, p.194).

Asimismo, a lo largo de la historia, estas heterogeneidades se han estructurado en torno a antinomias que en vez de orientarse hacia la solidaridad y convivencia, han sido reforzadas con el objetivo de sedimentar la fragmentación en la región.

Por ello, cualquier intento de edificar una configuración cultural regional, sólo servirá como una sutura que reconstruya constantemente las heterogeneidades inestables pero sedimentadas en su sociedad.

Y, aún más, esta explicación no será suficiente para explicar por qué los individuos adhieren a la idea de América Latina.

Lo cierto es que la idea de América Latina no es una realidad, sino un proyecto de alteridad que necesitará evolucionar hacia una articulación de la heterogeneidad partiendo de una toma de conciencia de que no existe una integración plena en nuestra sociedad, sino que, por el contrario existe fragmentación y conflicto y quizás, no exista lugar para la solidaridad.

Ahora bien, el nuevo proyecto regional, deberá contemplar a la “cultura” como una ideología en movimiento, en la que la conformación de una identidad latinoamericana dependerá de que las aspiraciones involucren y representen a más sectores y demandas

que conforman el mestizaje regional. De esta manera, la adhesión de una mayor cantidad de individuos a este proyecto será la garantía de sustentabilidad de América Latina.

De la legitimidad, y de los éxitos o fracasos de este proyecto, dependerá la construcción de la región como un marco simbólico, que se compone todos los elementos que señala la canción de Calle 13, y más.

Referencias

- Barbé, E. (1995). *Relaciones Internacionales*. Madrid: Tecnos.
- Bull, H. (1977). *The anarchical society. A study of order in world politics*. London: Macmillan.
- Bull, H. & Watson, A. (1984). *The Expansion of International Society*. Oxford: Clarendon Press.
- Cardozo, E. & Faletto, E. (1977). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México, DF: Siglo XXI.
- Durkheim, E. (2000). Representaciones individuales y representaciones colectivas. En E. Durkheim, *Sociología y Filosofía*. (pp. 77-133). Madrid: Miño y Dávila.
- Grimson, A. (2012). *Los límites de la cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Hoffmann, S. (1972). *Teorías contemporáneas sobre las relaciones internacionales*. Madrid: Tecnos.
- Simmel, G. (2000). El conflicto de la cultura moderna. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 89, pp. 315-330. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=99717889014>
- Watson, A. (1992). *The evolution of international society*. London: Routledge.

Notas

¹ La descripción de los elementos constitutivos se desarrolla exhaustivamente en Grimson, Alejandro; Ob. Cit.; Pág. 172 – 177.